

„el freno de su obligacion) se hallan mas cerca de
 „los mayores atrevimientos. Pero que no le tocaba
 „formar dictámenes que pudiesen retardar su obe-
 „diencia, quando le proponia como remedio nece-
 „sario su jornada, conociendo la enfermedad, y los
 „humores de que adolecia su república: sobre cuyo
 „presupuesto, y la certidumbre de que marcharia
 „luego con su ejército la vuelta de Zempoala, de-
 „bia suplicarle, que antes de su partida hiciese dexar
 „las armas á sus vasallos; porque no sería de buena
 „consequencia que atribuyesen á su rebeldia lo que
 „debían á la benignidad de su Rey; cuyo reparo ha-
 „cia mas por el decoro de su autoridad, que porque
 „le diese cuidado la obstinacion de aquellos rebeldes,
 „pues dexaba el empeño de castigarlos por compla-
 „cerle, llevando en su espada y en el valor de los
 „suyos todo lo que habia menester para retirarse con
 „seguridad.”

No esperaba Motezuma tanta prontitud en la res-
 puesta de Cortés: creyó hallar en él mayor resisten-
 cia, y temia estrecharle con la porfia ó con la desa-
 zon en materia que tenia resuelta y deliberada. Dió-
 le á entender su agradecimiento con demostraciones
 de particular gratitud. Salió al semblante y á la voz
 el desahogo de su respiracion. Ofreció mandar luego
 á sus vasallos que dexasen las armas, y aprobó su ad-
 vertencia, estimandola como disposicion necesaria pa-

Agradece
 Motezuma
 la respues-
 ta.

y que dexen
 las armas
 los rebel-
 des.

ra que llegasen menos indignos á capitular con su
 Rey. Punto en que no habia discurrido, aunque sen-
 tia interiormente la disonancia de tanto contempori-
 zar con los que merecian su desagrado; y no hallaba
 camino de componer la soberania con la disimula-
 cion. Al mismo tiempo que duraba esta conferencia
 se tocó un arma muy viva en el quartel. Salió Her-
 nan Cortés á reconocer sus defensas, y halló la gen-
 te por todas partes empeñada en la resistencia de un
 asalto general que intentaron los enemigos. Estaba
 siempre vigilante la guarnicion, y fueron recibidos
 con todo el rigor de las bocas de fuego: pero no fue
 posible detenerlos, porque cerraron los ojos al peli-
 gro, y acometieron de golpe, impelidos unos de
 otros con tanta precipitacion, que caminando, al pa-
 recer, su vanguardia sin propio movimiento, logró
 al primer avance la determinacion de arrimarse á la
 muralla. Fueronse quedando los arcos y las hondas
 en la distancia que habian menester, y empezaron á
 repetir sus cargas, para desviar la oposicion del asal-
 to, que al mismo tiempo se intentaba, y resistia con
 igual resolucion. Llegó por algunas partes el enemi-
 go á poner el pie dentro de los reparos: y Hernan
 Cortés, que tenia formado su reten de Tlascaltécas
 y Españoles en el patio principal, acudia con nuevos
 socorros á los puestos mas aventurados, siendo nece-
 saria toda su actividad y todo el ardimiento de los su-

Vuelven al
 asalto los
 rebeldes

con vale-
 rosos resolu-
 cion.

yos para que no flaqueáse la defensa, ó se llegáse á conocer la falta que hacen las fuerzas al valor.

Propone
Motezuma
salir á la mu-
ralla para
reprimir á
los suyos.

Supo Motezuma el conflicto en que se hallaba Cortés, llamó á Doña Marina, y por su medio le propuso: „Que segun el estado presente de las cosas, „y lo que tenian discurrido, sería conveniente de- „xarse ver desde la muralla para mandar que se re- „tirasen los sediciosos populares, y viniesen desarma- „dos los nobles á representar lo que unos y otros „pretendian.” Admitió Cortés su proposicion, teniendo ya por necesaria esta diligencia para que respiráse por un rato su gente, quando no bastase para vencer la obstinacion de aquella multitud inexorable: y Motezuma se dispuso luego á executar esta diligencia, con ansia de reconocer el ánimo de sus vasallos

Cortés a-
cepta este
partido.

Adornase
Motezuma
para esta
funcion.

en lo tocante á su persona. Hizose adornar de las vestiduras reales: pidió la diadema y el manto imperial: no perdonó las joyas de los actos publicos, ni otros resplandores afectados que publicaban su desconfianza; dando á entender con este cuidado que necesitaba de accidentes su presencia para ganar el respeto de los ojos, ó que le convenia socorrerse de la púrpura y el oro para cubrir la flaqueza interior de la Magestad. Con todo este aparato, y con los Mexicanos principales que duraban en su servicio, subió al terrado contrapuesto á la mayor avenida. Hizo calle la guarnicion, y ásomandose uno de ellos al pretil, di-

xo en voces altas que previniesen todos su atencion y su reverencia, porque se habia dignado el gran Motezuma de salir á escucharlos y favorecerlos. Cesaron los gritos al oír su nombre, y cayendo el terror sobre la ira, quedaron apagadas las voces, y amedrentada la respiracion. Dexóse ver entonces de la muchedumbre, llevando en el semblante una severidad apacible, compuesta de su enojo y su rezelo. Doblaron muchos la rodilla quando le descubrieron, y los mas se humillaron hasta poner el rostro con la tierra, mezclandose la razon de temerle con la costumbre de adorarle. Miró primero á todos, y despues á los nobles, con ademan de reconocer á los que conocia. Mandó que se acercasen algunos, llamandolos por sus nombres. Honrólos con el título de amigos y parientes, forcejando con su indignacion. Agradeció el afecto con que deseaban su libertad, sin faltar á la decencia de las palabras; y su razonamiento (aunque le hallamos referido con alguna diferencia) fue, segun dicen los mas, en esta conformidad:

Turbacion
de los re-
beldes á la
vista de su
Rey.

Cómo se
portó Mo-
tezuma con
los suyos.

„Tan lejos estoy, vasallos míos, de mirar como „delito esta conmocion de vuestros corazones, que „no puedo negarme inclinado á vuestra disculpa. „Exceso fue tomar las armas sin mi licencia; pero „exceso de vuestra fidelidad. Creisteis, no sin algu- „na razon, que yo estaba en este palacio de mis pre- „decesores detenido y violentado: y el sacar de opre-

Oracion
que hizo á
los sedicio-
sos.

„sion á vuestro Rey es empeño grande para inten-
 „tado sin desorden: que no hay leyes que puedan
 „sujetar el nimio dolor á los términos de la pruden-
 „cia; y aunque tomasteis con poco fundamento la
 „ocasion de vuestra inquietud (porque yo estoy sin
 „violencia entre los forasteros que tratais como ene-
 „migos) ya veo que no es descredito de vuestra
 „voluntad el engaño de vuestro discurso. Por mi
 „eleccion he perseverado con ellos, y he debido to-
 „da esta benignidad á su atencion, y todo este obse-
 „quio al Príncipe que los envia. Ya estan despacha-
 „dos: ya he resuelto que se retiren, y ellos saldrán
 „luego de mi corte; pero no es bien que me obedez-
 „can primero que vosotros, ni que vaya delante de
 „vuestra obligacion su cortesia. Dexad las armas, y
 „venid como debeis á mi presencia, para que ce-
 „sando el rumor, y callando el tumulto, quedeis ca-
 „paces de conocer lo que os favorezco en lo mismo
 „que os perdono.”

Vuelve a inquietarse la multitud.

Así acabó su oracion, y nadie se atrevió á respon-
 derle. Unos le miraban asombrados y confusos de ha-
 llar el ruego donde temian la indignacion: y otros
 lloraban de ver tan humilde á su Rey, ó lo que di-
 suena mas, tan humillado. Pero al mismo tiempo que
 duraba esta suspension, volvió á remolinar la plebe,
 y pasó en un instante del miedo á la precipitacion,
 facil siempre de llevar á los extremos su inconstancia:

y no faltaria quien la fomentase, quando tenian ele-
 gido nuevo Emperador, ó estaban resueltos á elegir-
 le: que uno y otro se halla en los historiadores.

Creció el desacato á desprecio: dixeronle á gran-
 des voces que ya no era su Rey, que dexase la co-
 rona y el cetro por la rueca y el uso, llamandole co-
 barde, afeminado, y prisionero vil de sus enemigos.
 Perdianse las injurias en los gritos, y él procuraba
 con el sobrecejo y con la mano hacer lugar á sus pa-
 labras, quando empezó á disparar la multitud, y vió
 sobre sí el último atrevimiento de sus vasallos. Pro-
 curaron cubrirle con las rodela dos soldados que pu-
 so Hernan Cortés á su lado, previniendo este peli-
 gro; pero no bastó su diligencia para que dexasen de
 alcanzarle algunas flechas, y mas rigurosamente una
 piedra, que le hirió en la cabeza rompiendo parte
 de la sien, cuyo golpe le derribó en tierra sin senti-
 do: suceso que sintió Cortés como uno de los mayo-
 res contratiempos que se le podian ofrecer. Hizole
 retirar á su quarto, y acudió con nueva irritacion á
 la defensa del quartel; pero se halló sin enemigos en
 quien tomar satisfaccion de su enojo: porque al mis-
 mo instante que vieron caer á su Rey, ó pudieron
 conocer que iba herido, se asombraron de su misma
 culpa, y huyendo sin saber de quien, ó creyendo que
 llevaban á las espaldas la ira de sus dioses, corrieron
 á esconderse del cielo con aquel género de confusion,

Desacatos que le dixerón.

Derribanle de una pedrada.

Retiranse los enemigos.

asombrados de su mismo delito.